

que, terminado su servicio, subían sobre cubierta con el cuerpo desnudo y negro, fueron rodeados y acosados con ansiosas preguntas. Los empleados iban de aquí para allá diciendo palabras que el murmullo de la multitud no dejaba oír. Al fin se extendió de proa á popa una noticia tranquilizadora:—No era nada: el calentamiento de un cojinete del eje motor; se estaba reparando; dentro de una hora estaríamos en marcha. Todos respiraron; algunos, á quienes antes no les llegaba la camisa al cuerpo, se encogían de hombros, diciendo que lo habían adivinado desde el principio; pero la mayor parte volvió en sí como sucede cuando se ha sentido una punzada ó un latido irregular en el corazón.

Aquella máquina, de la que nadie hablaba antes, se convirtió entonces en el asunto de cien conversaciones, todas llenas de una solicitud y de un pueril respeto que hacía sonreír. Porque, después de todo, ella era el corazón de la nave, ¿no es verdad? El capitán es el cerebro, y si el cerebro enferma, se puede vivir aún; pero si el corazón se para, todo ha concluído. ¿Y cómo se llama el maquinista? Tenía el aspecto de un hombre inteligente y práctico. No hablaba nunca. Debía haber estudiado mucho. Habría sabido sacarnos de apuros. Todos le elogiaban sin conocerlo. Solamente el molinero

meneaba la cabeza con una sonrisa de lástima, paseando por el buque su vanidosa panza. ¡Maquinistas italianos! De ellos hay que esperar lo peor. Debían ser americanos ó ingleses. Pero la tacañería nacional no quiere comprenderlo.—*Faltan patacones*—le respondía el capellán.—Pero, al cabo de media hora, las conversaciones languidecían; aquella maldita hora no acababa de pasar, y las inquietudes renacían.—¡Pero que se necesite tanto tiempo ¡vive Dios! para enfriar un cojinete!—exclamaba más de uno que no sabía, por supuesto, qué fuera esto.—¡Es una vergüenza!—Pero ¿qué hacen allá abajo? ¿Quién ha visto cosa como esta? ¡Ah, por fin!—La máquina dió señales de vida, se movió la hélice, el mar se agitó á nuestro paso.—¡Gracias á Dios! ¡Ya andamos!

*
* *

Y, sin embargo, lo que me hizo más efecto á mí en aquella ocasión fué la mirada que cambiaron dos personas: tan verdad es, que el espectáculo más interesante para el hombre es siempre el del alma humana.

En el momento mismo en que, no conociéndose aún la causa de la repentina parada, se podía temer un peligro grave, y todos lo temie-

ron, encontrándome yo solo sobre el puente, vi á mi vecino de camarote volverse á mirar á su mujer, que estaba abajo, apoyada en el costado del buque, y á ésta, como si hubiese previsto este acto, fijarse en él. Fué una de aquellas miradas que revelan un alma como un rayo de luz examinado en el espectroscopio demuestra la naturaleza química del cuerpo de donde parte. No eran la ansiedad ni el miedo, ni mucho menos una simple curiosidad, sino una mirada fría y tranquila que expresaba la profunda certeza que tenían ambos de la indiferencia absoluta del uno para el otro hasta delante de aquel peligro desconocido, del cual podía originarse la muerte. Se habían dicho mutuamente con los ojos:—Yo sé que no te importaría nada perderme; tú sabes que tu pérdida me daría á mí el mismo cuidado.

Así que la señora se separó del costado del buque, el marido la miró de nuevo. Este hubiera sido su último adiós si una desgracia los hubiese separado para siempre. Pero ¿qué había sucedido entre ellos para que al mismo tiempo se odiaran de aquella manera y continuasen unidos? Siempre me hacía interiormente, á pesar mío, esta pregunta. Y pensaba si habría hijos de por medio que los obligasen á estar juntos, ó un hijo único, que en caso semejante es un lazo mucho más fuerte que

cuando hay varios. Nadie á bordo los conocía. Aquella continua sonrisa forzada y casi temblorosa que tenían ellos, inspiraba á todos cierta repugnancia, aunque ella, adivinando aquel sentimiento, se esforzaba en vencerlo, procurando dar á su voz y á su rostro una expresión de bondad y de tristeza, como si estuviese resentida, pero resignada, con los falsos juicios. El hablaba con muy pocos. Parecía estar violento entre la gente, como todos los que saben que su desgracia es pública y se avergüenzan ó se sienten ofendidos por la lástima que inspiran. Se adivinaba, por otra parte, en ciertas rápidas expresiones de sus ojos y de su boca, que debía haber sido otras veces de corazón abierto é inclinado á las amistades alegres, y bueno, sin embargo; pero que todas las energías de su naturaleza se habían gastado primero y apurado luego en una larga lucha contra un adversario más fuerte y más tenaz que él. Era fácil comprender, en efecto, que temía á su mujer, pero que ella no le temía. Se comprendía por su recelosa mirada que giraba en derredor suyo cuando cambiaba alguna palabra con la señora argentina ó con la brasileña, delante de las cuales estaba en aquella actitud de respeto amable y triste que suele tener con las mujeres de los demás quien es infeliz con la suya propia y ve en cada una de aquéllas la

imagen de una felicidad, ó al menos de una vida tolerable que á él no le es concedida. Y daba mucha más pena aquella timidez de chiquillo atormentado en aquel hombre alto y recio, en quien se notaban aún los rasgos de cierta belleza viril. Mirándolo de cerca, se le veía aquel estremecimiento frecuente de los músculos de los labios que caracteriza á los hombres acostumbrados á reprimir su cólera y aquel modo de fijar los ojos en el vacío sin mirar á ninguna parte por mucho tiempo, que es propio de las tristezas que conducen al suicidio. Y jamás mostraba el aburrimiento ó la impaciencia de los otros pasajeros: parecía indiferente al tiempo, como los prisioneros condenados á penas perpetuas. Yo no me hubiera admirado nada de que se hubiese oído decir cuando menos se pensara que se había arrojado entre las ruedas de la máquina.

Quizá en su casa hubiese tenido la distracción del trabajo ó del movimiento, algún amigo ó un vicio con el que tratara de aturdirse; por lo menos, en algunas horas no hubiera visto á su mujer. Pero allí, sobre los cuatro palmos de tablas, estar precisado á verla y á rozarse con ella de continuo, á odiarla y á ser odiado á los ojos de todos, y á respirar su aliento en un recinto estrecho, sin luz y sin aire, era sufrir juntos tres suplicios: el de la reclusión, el estar

en berlina y el de la galera. ¡Y ni una persona con quien desahogarse! Porque á nadie le había hecho aún la menor confidencia, que se hubiera sabido, por más que todos aguzaban el ingenio para penetrar su secreto. Y, sin embargo, el secreto era elocuente.

Eran dos tumbas cerradas, en cada una de las cuales se agitaba un monstruo vivo sepultado, sin pedir socorro ni piedad.

*
* *

Aquella noche, sin embargo, yo creí estar á punto de descubrir el misterio. La brisa casi había cesado y el mar dormía, de modo que la noche, tarde, cuando bajamos á acostarnos, corriendo el buque sin sacudidas ni crujidos, se oían los mas ligeros ruidos de un camarote á otro, como en aquellas peligrosas hospederías con tabiques de madera de ciertas pequeñas ciudades del Rhin en las que la guía recomienda «*ser discretos.*» Cuando entré en mi camarote oí la voz ahogada de la señora que hablaba rápidamente con un tono áspero y monótono, como si hiciese una larga recriminación, volviendo al pasado y recordando hechos y personas; y la voz del marido respondía bajo, á intervalos, con resignación:—No es verdad, no es verdad, no

es verdad.—Pero haciéndose cada vez más fuertes y ásperas las recriminaciones, las negaciones de él también se iban haciendo cada vez más acres y vivas.

El infeliz, impotente para luchar, y procurando, sin embargo, conservar siempre en la disputa la dignidad de hombre, estaba reducido á la miserable defensa de la muchacha que repite constantemente la misma palabra, temiendo que el silencio absoluto no le acarree algo peor. Pero de pronto se estremeció y empezó á vomitar larga serie de palabras incomprensibles, furibundas, ultrajantes, desesperadas, interrumpidas por un aullido de perro rabioso que me hizo temblar. Iban á irse á las manos. Ella se echó á reír. Estuve un momento en escucha, esperando el ruido de una bofetada ó un grito de ella. Y oí, al contrario, al principio la voz de él, pero humilde y suplicante, que pronunciaba muchas veces un nombre: *Attilio*; la voz de un hombre que se confiesa vencido, que pide perdón, que consiente en todo con tal de que le concedan una cosa. *Attilio* debía ser un hijo, y su padre uno de aquellos hombres de fuertísimo temperamento á quien el amor paternal hace pusilánimes, y que se pone de hinojos, con los brazos en cruz, bajo el imperio de una mujer que le puede herir de muerte en aquel único afecto. No me parecía posible que á aquella humil-

de súplica no respondiese la voz de la mujer compadecida y puse el oído. No oí la contestación.

Sonaron las anillas de un camarote; la señora se había acostado sin responder. Entonces ó como el ruido de una mano que buscase con prisa y con violencia en el fondo de una maleta, y se me ocurrió si buscaría un revólver. Pero ella seguía callando. Aquel desgraciado no tenía ya ni el consuelo de ser creído capaz de un acto de desesperación. Mientras estaba ansioso esperando oír el tiro, se presentó un hombre en mi camarote, y á la incierta luz que penetraba por los quicios de la puerta, reconocí al agente.

No oí bien sus primeras palabras por atender á mi vecino; pero no se oyó ningún tiro: quizá le había faltado el valor como otras veces; oí, por el contrario, el ruido de un cuerpo que se deja caer como rendido, y el golpe de una mano sobre la frente. El agente no se había enterado de nada. Tenía en otra cosa el pensamiento. Venía á desahogar su cólera conmigo. Su camarote se había hecho inhabitable... para un hombre. Se había puesto un gabán, y desde hacía media hora paseaba en zapatillas por los corredores, esperando que sus dos vecinos se durmiesen.—La gramática española—dije.—Precisamente la gramática española; no era

mas que esto: la consultaba muy á menudo en el capítulo de las interjecciones. Le importaba demasiado que aquella señora de estuco de Luca acabase siempre diciendo: *Ave Maria*.

Lo peor era que, mientras los primeros días sus golpes de tos y sus codazos contra el tabique les intimidaba, ahora se había acostumbrado á todo los oídos de ellos, y no les importaba. Tenían verdaderas orgías en su gabinete particular, roían dulces traídos de la mesa, sorbían aguardiente, les parecía que hasta hacían juegos de gimnasia de salón con saltos y brincos; un cúmulo de picardías que no se hubiera uno imaginado nunca al verlos arriba con aquella timidez hipócrita de santitos. El día siguiente se vengaría: pensaba perseguirlos de popa á proa como un policía, sin dejarles descansar un momento, y hacerles poner verdes en la mesa. ¡Qué fachas!

Nada más insoportable á bordo que el séptimo sacramento, cuando se trataba de recién casados. Mientras tanto, andaba tan de prisa, que parecía galopar. Pero no había perdido el tiempo. Saliendo del camarote, había visto aparecer en el fondo del corredor transversal á un fantasma blanco, y había reconocido á la señora suiza; pero no había logrado descubrir por dónde se había metido, no pudiendo ser en busca del argentino del antejo, porque los argen-

finos se habían recogido todos en el camarote del *gaucho*, de donde salía rumor de voces; ni del toscano, porque hacía dos noches que estaba en la proa, donde parece que tenía un *arreglito*.

Sospechaba del descendiente de los incas, pero había necesidad de cerciorarse de ello. En cuanto al profesor, creía que estaba en el puente esperando una lluvia de estrellas errantes: cuando la señora quería despacharle, se quejaba del calor: decía que los dos en el camarote se ahogaban, y entonces subía él á estudiar las constelaciones. Es verdad que aquella camarera genovesa que por la noche estaba siempre de guardia en la encrucijada de los corredores no debía estar allí sólo para vigilar á su Ruy Blas, sino también para proteger las escapadas de ella, pues de otro modo no sería creíble que lo pasase allí de pie con tanta desenvoltura. También le había parecido ver deslizarse la sombra de la negra, y se le había metido en la cabeza que el marsellés había comenzado un curso de estudio sobre la raza etiópica. Y hasta le parecía que la camarera veneciana andaba aquella noche por los corredores con hocico concupiscente que inspiraba sospechas. En suma, era una noche agitada: nadie dormía, y habría mucho material para la crónica menuda del día siguiente. Se había visto dos ó tres veces asomar

la cabeza por la puerta á la madre de la pianista, espiando en torno suyo con una curiosidad febril.

Y á propósito: seguía con la vista á la hija, que asomaba su rostro de vez en cuando siempre que pasaba alguien; pero quién fuese éste no lo había podido descubrir aún, porque siempre, cuando había visto una de aquellas iluminaciones instantáneas, pasaban varios, y la joven estaba tan pronta para recoger la mirada, que no había conseguido nunca comprender su dirección. ¡Oh! una pasioncilla sin consecuencias, un fuego oculto; estaba prendida con alfileres; todo habría concluído con una carta y un tijeretazo... Pero algo habría, y todavía había que averiguarlo. ¿Y no había oído la novedad del día? Había mandado llamar á escape al capellán napolitano, que había salido corriendo metiéndose la sotana.—Alguien debe de estar malo á proa. Basta—concluyó;—voy abajo á la *repostería* á beber un vaso de cerveza, y luego vuelvo á ver si se han aquietado los ánimos. Buenas noches.

*
* *

Fué una noche malísima. Eran cerca de las doce, y casi todo el mundo aún estaba despierto.

El calor ahogaba á todos, y, por añadidura, parecía que aquella noche el dormitorio se había transformado en una enorme caja armónica, en la que cada suspiro se hacía sonoro y se oía de un extremo á otro de los corredores. En el camarote detrás del mío roncaba el molinero, y á cada instante cambiaba de postura, exhalando un gemido y exclamando:—*¡Ah, pobre Italia!*—que debía ser su pesadilla. De vez en cuando oía, debilitados por la distancia, los golpes de tos de la señorita de Mestre, que dormía al otro lado del barco. El niño más pequeño de la brasileña, enfermito, lloraba y oía la monótona y triste cantinela de la negra, una especie de sollozo lastimero que me hacía recordar los melancólicos cantos de los esclavos de Africa sepultados en las bodegas de inmóviles barcos de vela, bajo el ardiente sol del Ecuador. Enfrente de mí charlaban, sin miramientos para nadie, el abogado y el tenor, y oí que hablaban de Grecia. Oí exclamar:—*¡Jorge Byron!*—Después, el abogado decía:—¿Conque usted no tiene en cuenta la fuerza del panslavismo?

—*¡Ah!*—respondió el tenor;—no me hable del panslavismo. Por lo que más quiera, no me hable usted á mí del panslavismo.—Oí fragmentos de conversaciones del sacerdote napolitano con el chileno, que debían estar de pie, en calzoncillos, cada uno en la puerta de

su camarote. — *Cuando se produce un movimiento de baja en el precio del oro acuñado...*— Al fin todos se callaron. Pero cuando no se coge pronto el sueño en esas noches ardorosas, dentro de aquellos camarotes tan estrechos, no hay ya que esperar mas que un estado angustioso de dormivela, en el cual el sentido de la vista y el del oído quedan como velados, pero no adormecidos; y el sueño, si se le puede dar este nombre, toma una marcha y un vuelo vertiginosos, transportándonos sin descanso desde el mar á nuestra casa y desde aquí al mar, y después otra vez á casa, con una lucidez de visión y una brutalidad de desengaños, que es un suplicio. Y cuantas veces en casa, luego, algunos años después, se vuelven á tener aquellos mismos sueños como si se hubiesen quedado grabados indeleblemente en el cerebro, lo mismo que las cosas reales, distinguiéndoles de otras innumerables, como si hubiesen sido impresiones de otra vida. Recuerdo el ruido del agua que pegaba contra el lado del buque, á pocos centímetros de mi cabeza, y que en aquel silencio se oía más vivo que nunca un murmullo continuo é igual durante muchos ratos, que rompía en palabras más altas, en risas contenidas, en silbidos sutiles, se apagaban en ruidos ligerísimos; después, de repente, un bofetón rabioso, y luego otra vez un murmullo de oración, como

si el monstruo pretendiese entrar prometiendo que no causaría mal á nadie y jurando que era sensible é inocente. ¡Ah hipócrita! Y sin tregua él reza, raspa, lame, juega, busca una hendidura, se enoja porque no la encuentra y está todo cerrado, se lamenta, se asombra de que desconfíe de él, y, perdiendo de nuevo la paciencia, al cabo de un rato vuelve á llamar, á tocar á la puerta como un amo desdeñado. Y á aquel hablar infatigable se unen dentro toda clase de sospechosos rumores, el picaporte de las puertas, las botellas de agua, las lámparas colgantes; á veces juraríais que duerme otro á vuestro lado, que alguien se pasea por vuestro camarote y anda en la maleta. Dais una sacudida de repente: una persona ha entrado, en efecto, y se acerca. Es el camarero que viene á ver si está cerrada la ventanilla, y que, después de mirarlo, desaparece. Entonces oí otros ruidos sobre cubierta, pasos precipitados como de gente que acude á un peligro, estrépitos incomprensibles que, en el silencio de la noche, parecen enormes y hacen temer un desastre; el ruido de los pasajeros que salen de sus camarotes, subiendo á ver lo que pasa y vuelven á bajar. Nada: era que dos marineros sacaban una cuerda. Volvéis á cerrar los ojos y comenzáis á soñar de nuevo: os despierta sobresaltados un ruido sordo y terrible: ¿qué habrá sucedido

ahora? Después una explosión: ¡se ha hecho pedazos la popa! Nada, un chubasco. ¡Ah, al fin se podrá dormir! Pero á través de la ventanilla aparece una ligera claridad. Despunta el alba. ¡Maldición! ¡Aún quedan cinco días!



XV

EL MUERTO

AÚN quedan cinco días! Esta era la exclamación de todos aquella mañana, y parecían más largos los cinco días que quedaban que los diecisiete transcurridos. Porque hay que observar que, en virtud de no sé qué ley de inercia psíquica, el lento crecimiento del tedio y cansancio general seguía latente aun en los intervalos de tiempo sereno y de buen humor, cesando los cuales cada uno sentía agravada su odiosa carga á proporción del tiempo transcurrido, sin la más pequeña disminución de peso, como si ya fuésemos á estar siempre fastidiados. Y aquel 18.º día se presentaba mal. Nubes negras y grises pasaban en todas direcciones sobre el mar, el cual por una parte tenía color de aceite agitado y por otra parecía ceniza mojada,